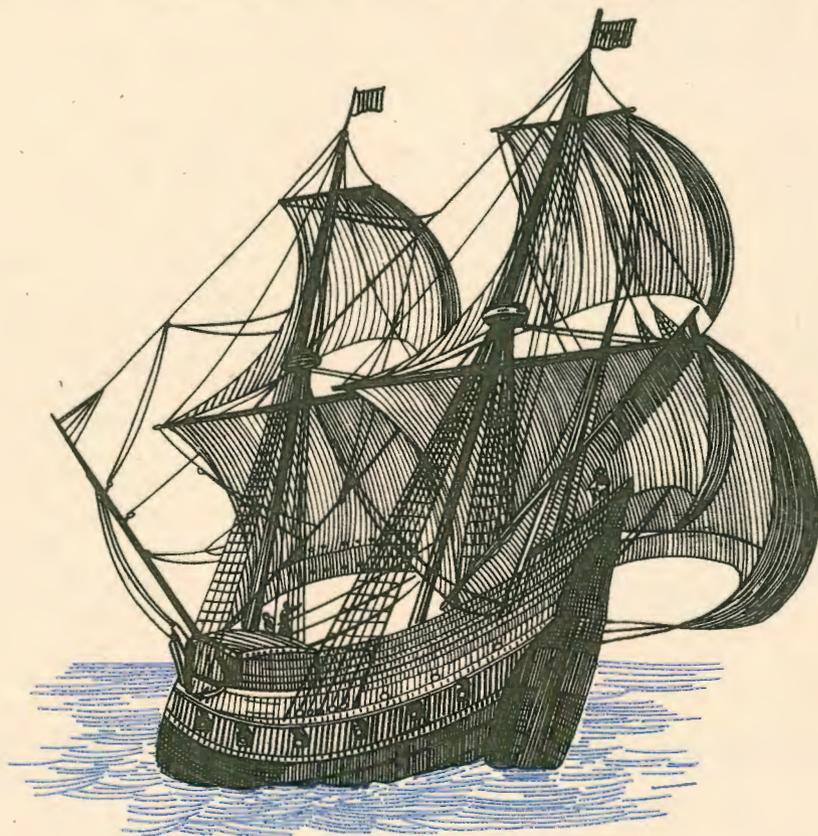


EL COLEGIO DE MEXICO

Departamento de Publicaciones

noviembre - diciembre de 1987

boletín 16 editorial



Hacia 1992

El mundo hispánico conmemorará en 1992 el quinto centenario del arribo de Cristóbal Colón a tierras americanas. Desde la perspectiva española tenderá seguramente a subrayarse los aspectos del hecho histórico más relacionados con “el descubrimiento” y sus secuelas épicas y culturales, pero en América Latina pondremos el acento en los resultados que tuvo “el encuentro entre las dos culturas”, desde los más evidentemente negativos (como la virtual destrucción de muchas de las formas tradicionales de vida del mundo

indígena), hasta los que con orgullo defendemos hoy como parte inalienable de nuestro ser latinoamericano (por ejemplo, el mestizaje).

Desde cualquier punto de vista, es claro que el que se ha denominado oficialmente V Centenario del Descubrimiento-Encuentro de Dos Mundos despierta cada día más interés. Respondiendo a ese interés hemos querido presentar en este número del *Boletín* algunos fragmentos de libros publicados por El Colegio que abordan el momento mismo del primer enfrentamiento entre españoles e indígenas. Además ofrecemos al lector interesado en estos temas una bibliografía que recoge la ya larga lista de los títulos publicados por nuestra institución (primero como Casa de España y después como El Colegio de México), en sus casi cincuenta años de vida.

Trataremos un momento de imaginarnos cuál debió ser la sorpresa de los habitantes de una pequeña isla llamada Guanahaní al encontrarse cierta mañana con tres cosas, con tres bultos enormes que había en el agua, de los que salían unos seres absurdos que solamente parecían tener de humano los ojos y los movimientos, pero de color blanco, con la cara cubierta de pelo y el cuerpo —si es que lo tenían— de unas materias diversas en forma y en color. Faltándoles a los indios todo punto de referencia, todo enlace con los objetos que estaban acostumbrados a ver, encajaron a los recién venidos en el número de los seres sobrenaturales y los adoraron como llegados del cielo. Ésta, que fue la reacción inmediata de los indios, llegó a ser la idea del jefe de aquellos seres inverosímiles, y la de muchos que se han ocupado del suceso que ahora referimos, durante unos 400 años.

Ha sido necesaria una época tan realista como la nuestra, para ver un poco claro lo que ocurrió antes del 12 de octubre del año 1492 y explicarse el descubrimiento de estas tierras hasta entonces ignoradas por los europeos.

Quien conducía aquellos bultos desconocidos para los indios y poco frecuentes hoy para nosotros, pues se trataba de barcos de vela, era un hombre de carne

y hueso, un italiano, nacido en Génova en 1451. La potencia comercial de la ciudad mediterránea es bien conocida. Los genoveses emigraban con frecuencia para dedicarse al comercio; pero Cristóbal Colón, que así se llama nuestro hombre, no tenía dinero; su padre era un tejedor de lana; toda su familia gente humilde; si algo viajó fue después de los veinte años, en barcos mercantes, llegando por el Mediterráneo hasta la isla de Chío y por el Atlántico hasta Inglaterra. Naturalmente, ha costado enorme trabajo saber noticias de estos primeros años de su vida. El hijo de un tejedor que vivía en Génova. ¡Vaya usted a saber! Lo conocerían los vecinos y nada más. Pero he aquí que este hombre, hacia los veintiocho o los treinta, se casa en Lisboa, en Portugal, país donde había llegado casualmente, y caen en sus manos unos papeles del suegro, cuyo contenido no conocemos. Parece que se trataba en ellos del tema de actualidad entonces y allí: los descubrimientos, que apasionaban como han apasionado hoy los vuelos trasatlánticos. Y también nuestro genovés se mete en el torbellino de las exploraciones náuticas, fascinadoras como un juego de azar, reúne informes, hace viajes, no ya comerciales, sino de exploración. En 1484 es recibido por el rey Juan II de Portugal y le somete unos proyectos que parece no fueron bien acogidos. Entonces pasa a España. Hay un

Reseña

Presencia y transparencia: La mujer en la historia de México Volumen colectivo

El Colegio de México, 1987, 192 pp.

Por Martha Elena Venier

El médico Alonso López —natural de Hinojoso, según reza la portada de su tratado sobre cirugía impreso en esta ciudad de México en 1578— explica que “el cuerpo humano... tiene cuatro miembros principales: el cerebro, el corazón, el hígado y los testículos”. Quizá baste una afirmación científica tan se-



suda para justificar la lectura de las ponencias que forman este librito, el cual muestra, con la antropología y la historia, la nada feliz presencia —y menos aún la transparencia— de la mujer en estas tierras durante los pasados quinientos años.

Hay en estos textos, que inician con la sociedad precortesiana y cierran con la nuestra, dos grandes temas: uno, el desequilibrio entre masculino-femenino en lo que hace a privilegios, deberes y desempeño social; otro, menos evidente, aunque no menos valioso para poner las cosas en su punto, es el que denominaré (parafraseando el arcaico proverbio *homo homini lupus*) “la mujer es el peor enemigo de la mujer”.

hermano suyo, diez años más joven que él, más entendido que él en asuntos de náutica, Bartolomé, figura aun peor conocida que la de Cristóbal, pues no se conserva de él ningún escrito. Ciertos críticos —en especial Vignaud— asignan a Bartolomé una parte mayor en la formación de los planes de descubrimiento que la de su hermano. Pero como se ve, la marcha sobre datos tan inciertos es como la del hombre agazapado sobre una cucaña, en cada segundo la caída inminente. Este periodo de la vida de nuestro héroe está tratado de manera exhaustiva en Vignaud, *Histoire critique de la grande entreprise de Christophe Colomb*, obra imponente, maciza y documentada. ¿Qué nos queda de este estudio tan largo, tan minucioso? La visión de un hombre tenaz, pesado como viajante de comercio que pretende enseñar sus muestras, como el mendigo que reza a la puerta durante horas. Fernández de Oviedo, el cosmógrafo Santa Cruz y Colón mismo, repiten la palabra importunación. ¿Qué propone este hombre? Cosas concretas que se niega a decir; no propone nada, pide. Él quiere obtener los medios para realizar un viaje de exploración y, una vez hecho, ya hablarán los resultados. No sabemos bien a qué se debe que fuese atendido. Cabe pensar si los informes que Colón tenía o creía tener los comunicó en secreto de confesión a un fraile de la Rábida, amigo suyo. Desde luego son razones humanas y no científicas las que determinan su éxito; más que fuerza de persuasión, debía haber tal seguridad, tal firmeza en la insistencia que cabe pensar que le atendieran para verse libres de él. Colón nada tenía, salvo cor-



La sustancia del primer tema se conoce bien (aparece con frecuencia en el discurso feminista), y coincide sin mucho error con esta enumeración: la mujer es virtud, virginidad, maternidad, sujeción, obediencia, devoción, discreción, laboriosidad e ignorancia.

La enumeración no está en secuencia; de hecho, mejor sería empezar por el final: primero la ignorancia. Me corrijo; para que la serie de facultades leída arriba fuera posible, la acumulación de conocimiento intelectual debía ser —y en efecto era— sumamente escasa o nula. No por otra razón, creo, la educación para la mujer es materia constante en estas conferencias (véanse en especial las de María J. Rodrí-

guez, "La mujer y la familia en la sociedad mexicana"; Pilar Gonzalbo, "Tradición y ruptura en la educación femenina del siglo xvi"; Carmen Ramos, "Señoritas porfirianas: mujer e ideología en el México progresista"; Jean Pierre Bastian, "Modelos de mujer protestante: ideología religiosa y educación femenina").

Ahora bien, creo que cuando los ponentes se refieren a "educación", debemos entenderla como 'calidad y cantidad de conocimiento humanístico y científico', porque educación no faltaba, sin duda. Así, por ejemplo, se educaba a las nobles mexicas para hilar, tejer, pintar; a las plebeyas, para hilar, tejer, cultivar, ayudar al marido en la ar-

tesanía y hacer el trabajo doméstico, habilidades en las que, a su vez, educaba a su prole femenina. Más refinada era la educación de la española o criolla, que se preparaba para enseñar música, ser maestra o dedicarse a cierta artesanía ("primores de mano" le llama Pilar Gonzalbo) remunerada y prepararse *comme il faut* para el matrimonio. Dan testimonio del cambio lento en esta educación los documentos finiseculares citados por Carmen Ramos, que en su mayoría son de este tenor:

Las leyes sociales que nos excluyen de las grandes escenas de la vida pública, nos dan la soberanía de la doméstica y privada. La familia es nuestro imperio; nosotras

tas cantidades que los reyes le daban y que llegaron a faltarle. Y, sin embargo, insiste con testarudez admirable, durante siete años lentos, aburridos, vacíos de sucesos para él y de datos para nosotros. Lo más que sabemos es de unos amores con cierta mujer que la crítica romántica elevó de clase social y la positivista ha reducido a criada del mesón donde Colón vivía, interesantes sólo porque el hijo resultado de ellos, don Fernando Colón, había de ser el primero en escribir una vida de su padre.

Colón, que no era un sabio, tampoco era un iluminado. Lo prueba que le apoyan hombres de negocios y judíos. Lo prueba que el rey Fernando, hombre muy desconfiado, le ayudó. Que se interesaron por sus planes, Santángel, Quintanilla y otros, altos funcionarios de la hacienda real, gentes a quienes Colón hubo de parecer hombre de fiar, banqueros poco propensos a dejarse arrastrar por ensueños ni vagas fantasías. La lectura de estas negociaciones sugiere la idea de tratos puramente comerciales. Colón, que se ofrece a pagar parte de los gastos, exige una excesiva participación de los beneficios, y no se pone de acuerdo con la corona hasta que encuentra un socio para su empresa, un español, hombre práctico, marino, que ayuda con su influencia y unos barcos a poner en marcha la expedición. Para que todo sea desesperante en nuestra ignorancia, este hombre, Pinzón, muere apenas regresa del viaje, disgustado con el genovés, y sin que nada podamos saber de fijo respecto a la parte que tuvo en el descubrimiento.

Y llegamos al momento culminante, al que le gusta



cuidamos de satisfacer sus ocupaciones, de mantenerla en paz y de conservar en ella el sagrado propósito de las buenas costumbres. De ahí la importancia de enseñar a las niñas todo lo que se refiere al desempeño de esas atribuciones.

Bien visto, no es menudo poder, pero es ilusión de poder. Por lo demás, la cita es resumen, y no malo, del contenido de cierto tratadito sobre economía doméstica atribuido a Aristóteles, el cual tuvo una curiosa secuela de manuales clásicos y modernos, entre los que destacan en español *La perfecta casada* de Luis de León y alguna cosita parecida, pero menos inspirada, de Luis Vives.

Excepción en este estado de cosas

parece ser, y sólo parece ser, la educación que recibió la mujer protestante a fines del siglo pasado y principios de éste, porque en ella se incluía más escolaridad, mejores programas de estudio y más campo para la superación. Pero el envés de esa hoja no tiene mejores tonos: por un lado, el número de esas favorecidas fue escaso, como escasa fue la influencia del puritanismo en esa época (sé que J.P. Bastián no estará de acuerdo con esta afirmación); por otro, la instrucción no fue medio para el cambio en la manera de pensar. El texto que copio ahora (discurso de una distinguida maestra protestante) se diferencia del citado arriba por su tono más fino, pero no por su contenido:

La mujer que ejerce influencia benéfica es la mujer educada en sentido integral de la palabra, es decir que contribuye al progreso social elevando el nivel moral del medio en que vive, sirviendo todos los intereses que reclaman virtud y abnegación. En la economía de la vida, al hombre corresponde la lucha material e intelectual, a la mujer el influjo sutil, poderoso, eficazísimo, que combate los males sociales. Este influjo que comienza en el hogar y que se propaga gradualmente en la sociedad sólo puede ejercerse en virtud de la educación integral, la que produce aptitudes para valorar la ciencia, la industria, las bellas artes, la religión y la sociedad.

Falta sumar aquí la educación que recibían mujeres con menos recursos económicos y las campesinas; a éstas

a la gente y a los historiadores románticos, al viernes 3 de agosto de 1492. Llegamos al momento que estremece al erudito en su gabinete de trabajo, que le hace considerar con horror la pequeñez, la fragilidad de tres barcos de vela dispuestos a lanzarse al *Mare Tenebrorum* de los antiguos, poblado de monstruos, etc. [...]

Jueves 6 de septiembre, parte la flotilla de las Canarias. El diario de a bordo de Colón es lacónico, desesperante: "...temían los marineros y estaban penados y no decían de qué" y a poco "iban muy alegres todos y los navíos quien más podía andar andaba por ver primero tierra" (lunes 17 de septiembre). Noticias que irritan, angustiosas como conversación interesante oída por un teléfono que funciona mal. También ahora hemos de resignarnos —gozarnos— en la ignorancia. Hay declaraciones de algunos marineros que tomaron parte en la expedición, hechas muchos años más tarde (1515-1535), y a ellas se han agarrado los historiadores objetivos. Pero son deliciosamente contradictorias las tales declaraciones, como ocurre siempre que gente elemental es sometida a interrogatorios. Según Fernán Pérez Mateos, de ochenta años (1536), y Francisco García Vallejo, que formaba parte del equipaje de La Pinta, es Colón quien se desanimó al no encontrar tierra, y los Pinzones le hicieron seguir; según Francisco Morales, Colón se mantuvo enérgico y fueron los demás quienes flaquearon. El P. Las Casas se indigna con Fernández de Oviedo porque éste admite la posibilidad de que Colón se desanimase. Nosotros, más humanos, debemos admitir la alternativa. Todos tuvieron esperanza. Todos la perdieron. Todos hubie-

ron de animarse, cuándo unos, cuándo otros, para no retroceder.

Hubo tiempo para ello. Treinta y cinco días de navegación sin ver tierra, presinténdola siempre, interpretando como signos de su proximidad los pájaros, una ballena, un cangrejo vivo, la hierba. "En amaneciendo aquel lunes vieron muchas más yerbas, y que parecían yerbas de ríos, en las cuales hallaron un cangrejo vivo, el cual guardó el Almirante, y dice que aquellas fueron señales ciertas de tierra, porque no se hallan 80 leguas de tierra" (17 de septiembre. Las Canarias, a más de 300 leguas.) "...vinieron al navío en amaneciendo dos o tres pajaritos de tierra cantando, y después, antes del sol salido, desaparecieron" (jueves 20 de septiembre. Las Canarias, a 450 leguas). Y así siempre. Observaban las aves que venían al barco, y en las de paso, la dirección del vuelo —"toda la noche oyeron pasar pájaros"—, no para leer su destino, como el Cid al salir de Vivar, sino "porque sabía el Almirante que las más de las islas que tienen los portugueses, por las aves las descubrieron".

Ven una lumbre la noche del 11 de octubre, y la tierra el 12. Momento culminante el del logro de algo, momento culminante el desembarque de Colón para adueñarse de la tierra vista, en nombre de sus soberanos. Psicología elemental: así terminan las películas, ahora brillan los historiadores. La tripulación de las carabelas abraza al Almirante, le pide perdón por haber dudado de él, todos lloran, dan gracias al Altísimo... —*vide* Washington Irving—. No obstante, sabemos que tales momentos —lo sabemos por nuestra

dedican su ponencia S. González Montes y P. Iracheta Cenegorta, "La violencia en la vida de las mujeres campesinas; el distrito de Tenango, 1880-1910". Como se adivinará sin mucho esfuerzo, la educación en este caso eran los golpes, que al parecer menudeaban con poco pretexto, pero con el objeto bien definido de sofocar desviaciones de la férula.

Dice Françoise Carner ("Estereotipos femeninos en el siglo XIX") en las últimas líneas de su conclusión, que la "educación no soluciona el problema de la dependencia y falta de libertad de la mujer". Creo que si sustituimos aquí educación por instrucción, veremos más claro el problema; sin duda, la ins-

trucción no fue suficiente (no es aún) para hacer cambios sustantivos en la educación" (véase, por ejemplo, "La lucha política de la mujer mexicana por el derecho al sufragio y sus repercusiones", de E. Tuñón, pp. 181-189).

Quedan fuera de este resumen las excepciones a la norma, es decir mujeres que, forzadas por las circunstancias o favorecidas por ellas, se desprendieron del círculo tradicional para asumir obligaciones y participar en tareas que por lo común no les competían; y quedan fuera también numerosos detalles que corresponden a una historia todavía por escribir (cf. la conferencia de François Giraud, "Mujeres y familia en Nueva España").

Menos fácil de ubicar en los temas que mencioné al principio es la ponencia de Solange Alberro, "Herejes, brujas y beatas: mujeres ante el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en la Nueva España". Quien no conozca los entretelones de esa institución tiene, en las primeras siete páginas de este texto, una relación de sus hechos desde su creación en España hasta su importación a las colonias.

Quizá con el afán legítimo de presentar a la Inquisición con absoluta objetividad y aclarar en algo su aura oscura, la autora disminuye en extremo la inversa naturaleza de sus funciones:

Sin pretender —dice— enderezar la retahíla de ideas falsas que respecto al Santo

propia vida— no existen sino como elaboraciones *a posteriori*. Es de creer que la primera impresión de los españoles, muy al contrario de la de los indios, fue el desencanto. Por entonces no se hacía un viaje tan largo, como se hace hoy, para batir un récord, para demostrar la resistencia de una persona o de una máquina, sino con un propósito inmediatamente utilitario: se buscaban tierras ricas en oro y joyas, llevando a la práctica el sentimiento muy humano y tan español de que lo remoto es lo mejor siempre. Había una complicada arquitectura fantástica en las mentes de Colón, de Pinzón y de todos los expedicionarios, y con ella debía coincidir la realidad. Pero ésta, indócil como casi siempre, daba, en lugar de países soberbios, de edificios magníficos con techo de oro y plata, unos cuantos indios, “todos desnudos como su madre los parió”, buenas personas, que “venían a las barcas de los navíos adonde nós estábamos, nadando, y nos traían papagayos y hilo de algodón en ovillos y azagayas, y otras cosas muchas, y nos las trocaban por otras cosas que nós les dábamos, como cuentecillas de vidrio y cascabeles. En fin, todo tomaban y daban de aquello que tenían de buena voluntad. Mas me pareció que era gente muy pobre de todo”. “Ellos no traen armas ni las conocen, porque les amostré espadas, y las tomaban por el filo, y se cortaban con ignorancia. No tienen algún hierro: sus azagayas son unas varas sin hierro, y algunas de ellas tienen al cabo un diente de pece, y otras de otras cosas...” Desilusión. Compañías de espera. En tales casos, las primeras impresiones suelen ser malas y rectificables.

13 de octubre. Colón observa. Mira atentamente hacia las canoas de los indios que se aproximan: “remaban con una pala como de fornero, y anda a maravilla; y, si se le trastorna, luego se echan todos a nadar, y la enderezan y vacían con calabazas que traen ellos”. Muy interesante, muy curioso todo esto. Sigamos: “traían ovillos de algodón filado y papagayos y azagayas y otras cositas que sería tedio de escribir, y todo daban por cualquiera cosas que se les diese. Y yo estaba atento y trabajaba de saber si había oro, y vide que algunos dellos traían un pedazuelo colgado en un agujero que tienen a la nariz, y por señas pude entender que yendo al sur, o volviendo la isla por el sur, que estaba allí un rey que tenía grandes vasos dello y tenía muy mucho. Trabajé que fuesen allá, y después vide que no entendían en la ida. Determiné de aguardar fasta mañana en la tarde, y después partir para Sudueste, ... y así ir al Sudueste a buscar el oro y piedras preciosas.”

Y nada más. Durante los tres meses de exploración que siguen —el 16 de enero hacen rumbo a España— la escena es la misma en cada desembarco. [...]

En la última semana de diciembre hay noticias más seguras del oro. Parece que hay minas en Cibao, muy cerca de los nuestros. El martes 25 de diciembre, día de Navidad, encalla la Santa María. Colón reconoce en el accidente la mano de la Divina Providencia: “y conocí que Nuestro Señor había hecho encallar allí la nao porque hiciese allí asiento.” Otros no tan piadosos, sin duda, creyeron reconocer la mano del Almirante: “...tocó en tierra la nao capitana ... e abrió-

Oficio cunden y prosperan con increíble exuberancia, se quiere aquí puntualizar que los inquisidores españoles fueron clérigos formados en los mejores colegios universitarios, letrados, a menudo hasta liberales, si se toma en cuenta la época en que vivieron, que actuaron como burócratas, con los vicios y cualidades que aún hoy suele tener esta clase de funcionarios, ansiosos de medrar dentro de la institución y de lograr una mitra o tal vez hasta un destino en uno de los grandes Consejos, notables, al fin y al cabo, como todos los que sirvieron a la Iglesia y a la Corona, y que no fueron jamás individuos crueles, sanguinarios y de torpes apetitos pintados por la leyenda negra.

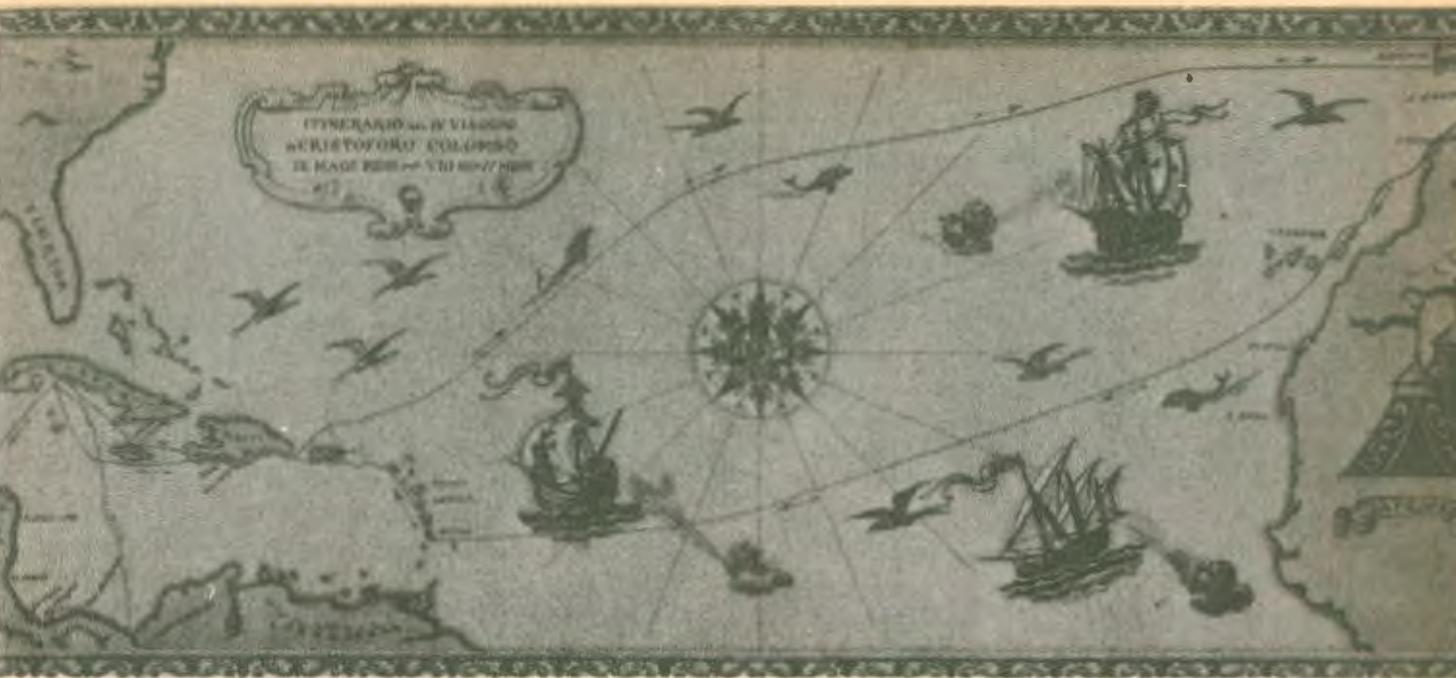
Convendría matizar algo esas afirmaciones que, en mi opinión, presentan a la Inquisición más como órgano de beneficencia que de represión. El

hecho simple de que se haya creado esta institución que nada salvó, nada mejoró, es ya aberrante; que haya durado seis siglos, es perverso. Explicar la Inquisición me parece tarea imprescindible de todo investigador comprometido con su materia; justificarla me parece innecesario. Por lo demás, veo en los temas de esta conferencia un futuro libro valioso y de mucho interés.

Leí alguna vez, que la mujer japonesa de otras épocas, sometida por oscuras costumbres a una disfrazada esclavitud, no tenía más recursos para resarcirse de las humillaciones acumuladas que someter a su nuera al mismo maltrato; este método infalible se aplicaba generación tras generación. Algo parecido se advierte aquí —de ahí el

nombre que di al segundo tema—, aunque sólo aluden a la situación dos conferencias, las de González e Iracheta (“La violencia en la vida de las mujeres campesinas”, pp. 128 y 136), y Carmen Ramos (“Las señoritas porfirianas...”, p. 151). En esas líneas se da fe de la poca solidaridad del grupo femenino, proclive a perpetuar aquello que lo somete, y a ejercer, de manera consciente o inconsciente, funciones de inquisidor poco clemente.

Creo que el lector interesado en el tema encontrará en estas páginas buenas investigaciones y escritura sin estridencias. Ambas cosas son importantes, porque en lo que a esta materia se refiere estábamos acostumbrados a todo lo contrario.



se; pero no peligró ningún hombre: antes muchos pensaron que mañosamente la habían hecho tocar, para dexar en la tierra parte de la gente, como quedó” (Oviedo). También son interesantes estas palabras del cura de Los Palacios, Andrés Bernáldez: “y fué forzoso, según pareció, dejarlos, porque como se perdió el un navío, no había en qué viniesen, y esto se calló acá y se dijo que no quedaban sino por comienzo de pobladores.” Martín Alonso Pinzón protestó de la quedada de la gente en tono tan enérgico, que Colón estuvo a punto de hacerlo prender; nos lo dice también Oviedo. Colón nada nos dice. “Agora tengo ordenado de hacer una torre y fortaleza, todo muy bien, y una grande cava, no porque crea que haya esto menester por esta gente... Mas es razón que se haya esta torre, y se esté como se ha de estar, estando tan lexos de Vuestras Altezas.”

Tanta es la prisa de Colón por dar la buena nueva como había sido su impaciencia para buscar el oro. El 27 de diciembre dice el diario: “Ya entendía el Almirante con cuánta priesa podía por despacharse para la vuelta de Castilla.” Pero ¿no era en abril el viaje de vuelta? Hay un ritmo acelerado en estas páginas; a Colón, más expansivo gracias al éxito, se le escapan frases: “Dice que esta noche —miércoles 9 de enero— con el nombre de Nuestro Señor partiría a su viaje, sin más detenerse en cosa alguna, pues había hallado lo que buscaba.” ¿Está claro? Colón, satisfecho, fantasea, vuelve a acariciar viejos sueños, ahora que cree segura su realización: “...y dice que espera en Dios que a la vuelta que él entendía hacer de Castilla había

de hallar un tonel de oro, que habían resgatado los que había de dexar, y que habrían hallado la mano del oro y la especería, y aquello en tanta cantidad que los reyes antes de tres años emprendiesen y aderezasen para ir a conquista la Casa Santa, que así protesté a Vuestras Altezas que toda la ganancia desta mi empresa se gastase en la conquista de Jerusalén, y Vuestras Altezas se rieron y dijeron que les placía, y que sin esto tenían aquella gana.” Trompetazos, ¡oh, ahora sí que ha llegado el gran momento! ¡Cómo fulmina amenazas contra sus compañeros de expedición, molestos obstáculos para la hora del reparto! “Y después no sufriré hechos de malas personas y de poca virtud, las cuales contra quien les dió aquella honra presumen hacer su voluntad con poco acatamiento.”

Oro, oro, oro... Se llama tuob, caona, nozay. Sus Altezas lo tienen todo en casa. El rey del país ha mandado hacer una estatua de oro puro tan grande como el Almirante. Dentro de diez días la traen. Lo ha dicho un privado suyo. (Pasan las noticias como en los luminosos.) Hay otra isla detrás de la Juana —Cuba— donde los pedazos de oro son mayores que habas. Aquí, en la Española, sólo son como granos de trigo... Tuob, caona, nozay...

El hombre Colón y otros ensayos, de Ramón Iglesia, fue publicado por El Colegio de México en 1944.

La educación como conquista

José María Kobayashi

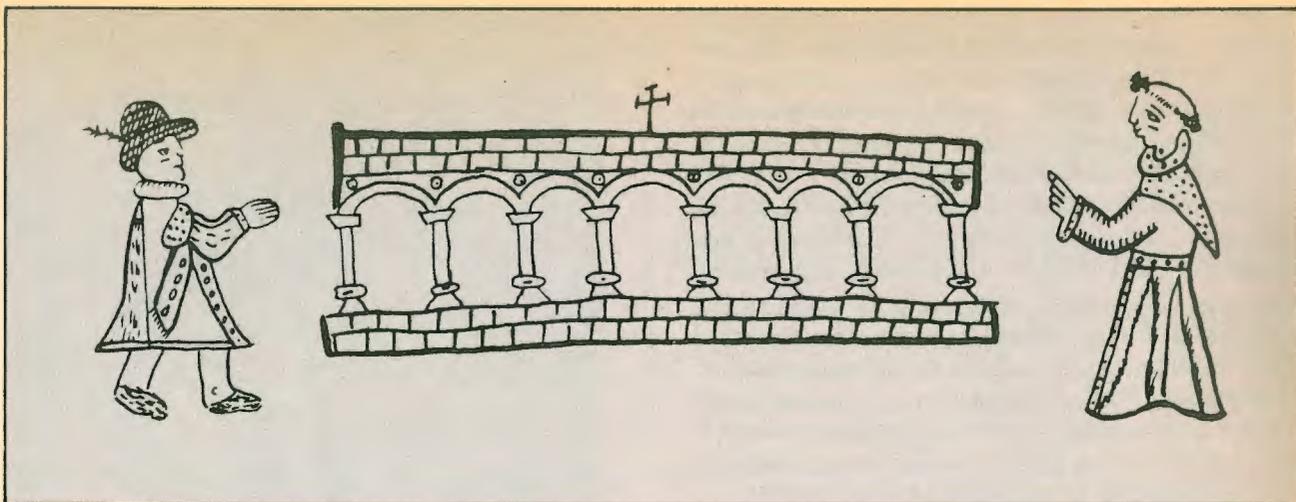
A consecuencia de unos acontecimientos enigmáticos de mal agüero, los habitantes de Tenochtitlan vivían desde hacía un decenio poseídos por una indecible zozobra, cuando se trajo desde la costa del Golfo de México la noticia de que habían surgido de entre las aguas del mar “dos torres o cerros” flotantes habitados por hombres que llevaban “unos como sacos colorados, otros de azul, otros de pardo y de verde ... y las carnes de ellos muy blancas ... excepto que todos los más tienen barba larga y el cabello hasta la oreja les da”. El tlatoani Motecuhzoma Xocoyotzin era hombre muy religioso y bien instruido de las tradiciones antiguas guardadas en el seno del calmécac. Sabía bien que de acuerdo con una de ellas el dios Quetzalcóatl, que se había marchado mar adentro hacía mucho tiempo, había de volver un día a reclamar su dominio usurpado. Se le sumaba a esto una profecía que había dicho el tetzcocano Nezahualpilli en los siguientes términos: “de aquí a muy pocos años nuestras ciudades serán destruidas y asoladas, nosotros y nuestros hijos muertos y nuestros vasallos apocados y destruidos, y de esto no tengas duda”. Todo lo cual le pesaba al tlatoani mexica de tal manera que al informarse de la venida a la costa del Golfo de unos hombres de faz extraña y con barba larga, cayó en la fatal creencia de que eran los dioses cuyo retorno estaba anunciado en sus códices. Este concepto se corrigió poco después y se sustituyó por una incertidumbre acerca de lo que eran de verdad los advenedizos, pero no cabe duda de que el primer impacto psicológico acabó por comprometer todos sus actos posteriores hasta el último momento de su vida.

El retorno de los dioses expatriados no hacía esperar a los habitantes de Tenochtitlan sino angustia y miedo. Una vez difundida la noticia, habían caído presa de un estado de pánico tanto el tlatoani como su pueblo. Éste, con los hijos en brazos, levantaba al cielo voces de desesperación, maldiciendo el destino que le había tocado al nacer. Aquél, que una vez quiso huir y esconderse del encuentro con los “dioses” barbados e hizo todo lo posible por medio de hechiceros y magos para evitar que los mismos viniesen hasta su ciudad a verle, se dio cuenta de lo inútil que era todo esto y se resignó a esperar estoicamente lo que podía suceder. Fue creciendo el temor general de Tenochtitlan a medida que se fueron sumando noticias poste-

riores sobre los “dioses” repatriados. Traían éstos cañones que estallaban como un trueno cuyas bolas de piedra hendían un cerro o hacían astillas un árbol; armas terribles hechas de hierro, metal hasta entonces desconocido; perros enormes con unos ojos chispeantes; “venados” extraños cuyos relinchos sonaban como voces iracundas de deidades. Más tarde, se enteraron los mexicas de que a pesar de su superioridad en número los valientes otomíes de tierras de Tlaxcala habían quedado aplastados por los mismos “dioses” blancos con barba larga y que éstos habían caído seguidamente sobre Cholula, ciudad que hacía poco se había hecho su aliada, donde dejaron acuchillada una multitud de sus habitantes. Toda Tenochtitlan “no hacía otra cosa que dedicarse a la tristeza”, y todos decían: “vamos a ver con nuestros ojos nuestra muerte”.

El 21 de abril de 1519 anclaba en el puertito de San Juan de Ulúa una armada de doce navíos. A bordo venían más de seiscientos hombres, que en su mayoría eran jóvenes y hombres maduros de veinte a cuarenta años de edad. Su capitán general se llamaba Hernán Cortés. Era hombre de unos treinta y cuatro años. Todos ellos ya llevaban años de vida americana y por consiguiente estaban muy bien aclimatados a las condiciones del medio ambiente de la tierra e incluso avezados en las guerras con los indígenas. Poco amigos del quietismo sedentario de la vida de encomendero en las villas de la isla de Cuba, estaban dispuestos a lanzarse a cualquier señuelo de aventura, cuando se les pregonó una expedición que iría a conquistar y poblar la tierra recién descubierta al oeste de dicha isla. Gozosos acudieron a la llamada dejando atrás la vida holgada de la isla e invirtieron en la expedición cuanto pudieron. Su suerte inclusive. Eran hombres, cierto, ávidos de riqueza, pero el oro y la plata no eran el único móvil que les arrojaba a la empresa. “Si por el sueldo lo hiciesen, a otras partes más cerca irían”, dice un cronista. Algo más les daba acicate a la acción y al peligro.

Cortés era un personaje que satisfacía todas las condiciones necesarias para convertirse en caudillo de este conglomerado espontáneo de duros y difíciles hijos de España. La mejor prueba de lo cual es el hecho siguiente: apenas zarpada la armada de Santiago de Cuba, el gobernador Diego Velázquez se arrepintió de haberle nombrado capitán general de la expedición, lo revocó



y se lo comunicó a sus inferiores para que le detuviesen, pero “a todos los más que había escrito Diego Velázquez, ninguno le acudía a su propósito, antes todos a una se mostraron por Cortés”, y le contestaron al gobernador, diciendo en pretexto que Cortés estaba “muy pujante de soldados”. Las dotes personales del capitán eran tan atractivas que “todos nosotros pusiéramos la vida por Cortés”, según agrega el mismo soldado cronista.

Cortés se distinguía, además, por un rasgo militar no sólo de sus precursores, sino de los que le siguieron después en las conquistas en América. Era un hombre de Estado por excelencia y como tal estaba, desde un principio, bien consciente de la tierra adonde ir y de la obra que llevar a término. No hizo, pues, caso cuando Jerónimo de Aguilar, el rescatado en Cozumel, se ofreció a enseñarle la tierra donde había estado, porque “no venía él para tan pocas cosas, sino para servir a Dios y al rey”. Más tarde, ya a punto de desembarcar en definitiva y contemplando en la lejanía un pico coronado de nieve, uno de los soldados le dijo a Cortés: “Mire las tierras ricas y sabeos bien gobernar”, a lo cual contestó el capitán, diciendo: “Dénos Dios ventura en armas, como al paladín Roldán, que en lo demás, teniendo a vuestra merced y a otros caballeros por señores, bien me sabré entender”. Venía Cortés con un firme propósito de conquistar, poblar y gobernar la tierra. Ésta, a su vez, no dejaba de mostrarle mayores posibilidades de oro que las otras hasta entonces conocidas. Hagámonos buen cargo de la profunda diferencia entre las disposiciones de los representantes de los dos mundos que pronto se encontrarían frente a frente: el uno apoderado de un derrotismo fatídico, el otro convencido de la buena causa que perseguía.

Pese al derrotismo que se había apoderado del tlatoani Motecuhzoma Xocoyotzin y a la zozobra que dominaba al pueblo mexica, cierto es que ellos no constituían, en el momento del encuentro con los españoles, una entidad humana cualquiera, sino que llevaban tras de sí casi tres cuartos de siglo de existencia jalonada por hechos dignos de orgullo nacional. Alentados por una convicción religiosa y providencialista de ser pueblo elegido del dios-Sol, habían desenvuelto en el ámbito mesoamericano una política de imperialismo militar, sometiendo numerosos pueblos de la región a su dominio. Un militarismo político-religioso de corte místico —recordemos a tal efecto el culto de Huitzilopochtli impuesto a los pueblos sojuzgados a Tenochtitlan— saturaba la mente de todos y cada uno de los habitantes de la ciudad lacustre, sostenido por un fuerte orgullo nacional. Además, como ya hemos apuntado atrás, su pujanza avasalladora se estaba disponiendo a emprender otra etapa de mayor expansión: Cholula ya se había convertido en su aliada; Tetzco se había dejado degradar al mismo nivel que Tlacoapan, “estado pelele”, al decir de León-Portilla; Motecuhzoma Xocoyotzin ostentaba no sin fundamento el reluciente título de Cemanáhuac Tlatoani, es decir, soberano universal. A buen seguro que el golpe de expansión que se proponía dar Motecuhzoma Xocoyotzin a su Estado tocaba unos resortes que pudieran comprometer la paz interna de la propia Tenochtitlan, pero por encima de todo eso, hecho evidente es que el Estado mexica se encontraba en sus momentos de plétora. La última síntesis mesoamericana, el pueblo mexica representaba con toda razón, a principios del siglo XVI, todo un mundo histórico cultural que conocemos por Mesoamérica, de una tradición y vigencia milenarias.

Otro tanto se puede afirmar de la España al umbral de su carrera ascendente de hegemonía universal al servicio de la realización de una utopía *sui generis* de la república cristiana. Todas las condiciones de la situación sociopolítica europea de entonces favorecían que cualquier español concibiese su vida y su misión en lo heroico, grandioso y providencialista: el advenimiento de los Reyes Católicos, muy distintos a su precursor Enrique IV, según un testimonio contemporáneo, que acertaron a poner fin a la anarquía bajomedieval de sus reinos; la conclusión victoriosa de la reconquista con la caída de Granada; el descubrimiento del Nuevo Mundo; la incorporación de Navarra a la comunidad hispánica, realizada en 1512; la unión de la Corona española con la dinastía imperial de Habsburgo en la persona de Carlos de Gante, al subir éste en 1517 a la silla real de los Reyes Católicos; su entronización en el solio del Sacro Imperio Romano Germánico en 1519. En el espacio de apenas cuarenta años, España experimentó una transformación de vértigo e irrumpió en la Edad Moderna con una precisión casi matemática. Pero esto, entiéndase bien, sin romper con la Edad Media, a diferencia del resto de Europa, condición muy importante para comprender en términos justos la obra española de incorporar América al mundo occidental. [...]

Esta España, representante de todo un complejo de espíritu, pensamiento y cultura de raigambre a su vez milenaria, es la que atravesó el mar océano y se afincó frente al mundo mesoamericano representado por el pueblo mexica. El encuentro decisivo tuvo lugar en Tenochtitlan, cuyo sentido mitológico era "lugar de reunión, de espera de las diversas gentes de los cuatro puntos cardinales", o sea, la encrucijada de dos mundos.

Fue inevitable que un encuentro de dos mundos tales parase en la destrucción total de uno de ellos. Las circunstancias favorecieron al bando ofensivo, y la contienda se liquidó en la caída material de Tenochtitlan y la desaparición de Mesoamérica como superárea cultural. No se perdonó ningún signo de tolerancia ni transigencia.

Cierto que Cortés había reconocido que los habitantes de la Tierra Firme, a diferencia de los de estado "angelical" de las islas antillanas, "viven más política y razonablemente que ninguna de las gentes que hasta hoy en estas partes se ha visto" y que "entre ellos hay toda manera de buena orden y política, y es gente de toda razón y concierto". Hasta había quedado admirado ante el panorama de Tenochtitlan, exclamando que "los que acá con nuestros propios ojos las vemos, no las podemos con el entendimiento comprender", y arrastrado por tal reconocimiento su deseo era reducir a lo mínimo los efectos de la obra destructora de conquista militar. Pero la porfiada defensa natu-



ral a la que los mexicas se entregaron con todo su heroísmo y amor a su comunidad hizo utópico el propósito de Cortés, lo cual le "pesó en el alma". Por otra parte, es indudable que el sacrificio humano de los mexicas, "cosa horrible y abominable y digna de ser punida que hasta hoy no habíamos visto en ninguna parte" cuyas víctimas cayeron parte de sus propios compañeros de armas a la vista de ellos, obró, sin duda, como un fuerte factor negativo, esfumando todo el aprecio que sentían los conquistadores al mundo mesoamericano. No es lícito exigirles una mentalidad tan comprensiva como la posterior de algunos misioneros.

El 13 de agosto de 1521 cayó Tenochtitlan al cabo de setenta y cinco días de guerra sin cuartel. El joven tlatoani Cuauhtémoc, que "había hecho todo lo que de su parte era obligado para defenderse a sí y a los suyos hasta venir en aquel estado", ya estaba a merced de los conquistadores; los mexicas abandonaron su ciudad, huyendo del terror de la matanza; habían sido "tan atropellados y destruidos ellos y todas sus cosas que ninguna apariencia les quedó de lo que eran antes". "Llovió y relampagueó y tronó aquella tarde y hasta medianoche cayó mucho más agua que otras veces". Se cerró una página más de historia y se abrió otra nueva.



Aunque a reserva de diversos aspectos de intensidad diferente, la caída de Tenochtitlan constituye, junto con la del imperio incaico, casos muy difíciles de encontrar sus semejantes en la historia de la humanidad. No fue una derrota más o menos convencional de un pueblo por otro, partes de un mismo mundo cultural, o entrelazados a través del tiempo por hilos de mayor o menor vigencia de comunicación como en los casos de los pueblos del continente euroasiático. Fue un caso de destrucción en grado superlativo, resultante de un choque de dos mundos tan dispares e incommunicables entre sí que nada extraño es que Sahagún, buen conocedor de la psicología indígena posterior a la catástrofe mexicana, recuerde la fulminante maldición del profeta Jeremías contra Judea y Jerusalén, diciendo que eso fue lo que a la letra aconteció a los mexicanos cuando la venida de los españoles.

El desastre hirió de modo irremediable al alma indígena. Algunos poetas mexicanos cantaron su tristeza de la desgracia de su nación en los siguientes términos:

En los caminos yacen dardos rotos,
 los cabellos están esparcidos.
 Destechadas están las casas,
 enrojecidos tienen sus muros.

Gusanos pululan por calles y plazas,
 y en las paredes están salpicados los sesos.
 Rojas están las aguas, están como teñidas,
 y cuando las bebemos, es como si bebiéramos agua de salitre.

Golpeábamos, en tanto, los muros de adobe,
 y era nuestra herencia una red de agujeros.
 Con los escudos fue su resguardo,
 pero ni con escudos puede ser sostenida su soledad.

El llanto se extiende, las lágrimas gotean allí en Tlatelolco.
 Por agua se fueron ya los mexicanos;
 semejan mujeres; la huida es general.
 ¿Adónde vamos?, ¡oh, amigos! Luego, ¿fue verdad?
 Ya abandonan la ciudad de México,
 el humo se está levantando;
 la niebla se está extendiendo...

Llorad, amigos míos,
 tened entendido que con estos hechos
 hemos perdido la nación mexicana.

El rey tetzcocano Cacamatzin también había cantado antes del desastre el fin ya cercano de su mundo:

¿Soy acaso escudo de turquesas,
 una vez más como mosaico volveré a ser incrustado?
 ¿Volveré a salir sobre la tierra?
 ¿Con mantas finas seré amortajado?

Cierto que el escudo de turquesas había quedado hecho astillas, y jamás se volvió a incrustar. Es dolorosa y conmovedora la descripción de estos poemas, pero escenas semejantes abundan en la historia de otros pueblos del mundo, y se repiten hoy y se repetirán mañana mientras seamos los que somos. Lo singular de la caída de Tenochtitlan creemos verlo más bien en las siguientes palabras, pronunciadas por unos sacerdotes mexicanos, contestando a los primeros misioneros:

Tal vez a nuestra perdición,
 tal vez a nuestra destrucción,
 es sólo a donde seremos llevados.
 [Mas] ¿a dónde deberemos ir aún?
 Somos perecederos, somos mortales.
 Déjenos pues ya morir,
 déjenos ya perecer,
 puesto que ya nuestros dioses han muerto.

¡Ya han muerto sus dioses! Los mexicanos ya no ven para quién ni para qué vivir. Su Ipalnemohuani, aquel por el que se vive, los ha abandonado. La destrucción del templo de Huitzilopochtli fue un flechazo que hirió el alma de los mexicanos.

Fragmento de *La educación como conquista* de José María Kobayashi, 2ª ed. 1985, 295 pp.

Los predicadores divididos

Daniel Ulloa

Podemos imaginar el efecto que haría entre colonos y religiosos la descripción que hacía Cortés de la gran Tenochtitlán y de sus habitantes en su segunda carta de relación del 30 de octubre de 1520:

Es tan grande la ciudad como Sevilla o Córdoba...

Tiene esta ciudad muchas plazas, donde hay continuo mercado y trato de comprar y vender, tiene otra plaza tan grande como dos veces la ciudad de Salamanca, toda cercada de portales alrededor, donde hay cotidianamente arriba de sesenta mil almas comprando y vendiendo; donde hay todos los géneros de mercadurías que en todas las tierras se hallan, así de mantenimientos como de vituallas, joyas de oro y de plata, de plomo, de latón, de cobre, de estaño, de piedras, de huesos, de conchas, de caracoles y de plumas. Véndese cal, piedra labrada y por labrar, adobes, ladrillos, madera labrada y por labrar de diversas maneras. Hay calle de caza donde venden todos los linajes de aves que hay en la tierra, así como gallinas, perdices, codornices, lavancos, dorales, zarcetas (...) Hay calle de herbolarios, donde hay todas las raíces y hierbas medicinales que en la tierra se hallan. Hay casas como de boticarios donde se venden las medicinas hechas, así potables como unguentos y emplastos. Hay casas como de barberos, donde lavan y rapan las cabezas. Hay casas donde dan de comer y beber por precio. Hay hombres como los que llaman en Castilla ganapanes, para traer cargas.

... Hay en esta gran plaza una gran casa como de audiencia, donde están siempre sentadas diez o doce personas, que son jueces y libran todos los casos y cosas que en el dicho mercado acaecen, y mandan castigar los delinquentes. Hay en la dicha plaza otras personas que andan continuo entre la gente, mirando lo que se vende y las medidas con que miden lo que venden; y se ha visto quebrar alguna que estaba falsa.

... Hay en esta gran ciudad muchas mezquitas o casas de sus ídolos de muy hermosos edificios, por las colocaciones y barrios de ella.

... Hay en esta gran ciudad muchas casas muy buenas y muy grandes...

Las perspectivas y las posibilidades de éxito no podían ser más halagüeñas. A esto se añadía la insistencia del mismo Cortés para que de España enviasen mi-

sioneros que fuesen a doctrinar y cristianizar a los indios.

Este extraordinario imperio que tanto elogiaba el conquistador en sus cartas y que era la admiración del momento, ocupaba al tiempo de la conquista un territorio inferior al de la actual República mexicana, y en términos generales se podía limitar a la zona comprendida al sur por el Istmo de Tehuantepec, al norte por el río Coahuayana o Pánuco, al oriente por el Golfo de México y al occidente por el Océano Pacífico, excluyendo al interior de esta zona, los reinos de Tlaxcala, Michoacán, la Huasteca y una parte de la región mixteco-zapoteca.

El país aparecía imponente y hermoso a los ojos de los españoles por la variedad de sus volcanes, montañas, abismos y peñascos; por la plétora vital del trópico, por la placidez de sus lagos y por el austero y monótono silencio de sus desiertos. Y a la variedad de la geografía seguía la de las naciones y pueblos y a ésta la de sus numerosas lenguas.

Aunque la evangelización de la Nueva España no comenzó de manera sistemática hasta la venida de los famosos doce franciscanos, sabemos que ya desde la llegada de Cortés a las costas de Veracruz en junio de 1519, algunos predicadores a título privado comenzaron a ejercitar el ministerio entre los indígenas. Entre estos primeros misioneros debemos contar al padre fray Bartolomé de Olmedo, mercedario, que más que misionero desempeñaba el oficio de capellán de Cortés, pero que gracias a su gran sentido común y buena teología logró moderar el ímpetu "apostólico" del conquistador, quien pretendía la conversión inmediata de los indios que encontraba a su paso con medios harto imprudentes y atropellados.

El gobernador de Cuba don Diego Velázquez, de quien dependía la expedición a México, había dado una serie de instrucciones a Cortés entre las que se decía:

Primeramente el principal motivo que vos e todos los de vuestra compañía habéis de llevar, es y ha de ser, para que éste viaje sea Dios Nuestro Señor servido y alabado, y nuestra santa fe católica ampliada...

No consentiréis ningún pecado público, así como amancebados públicamente, ni que ninguno de los cristianos es-



pañoles de vuestra compañía haya exceso ni ayunta carnal con ninguna mujer fuera de nuestra ley, porque es pecado a Dios muy odioso...

Trabajaréis de no llevar ni llevéis en vuestra compañía persona alguna que sepáis que no es muy celoso del servicio de Dios Nuestro Señor e de sus Altezas ... y defenderéis y prohibiréis que ninguno de los navíos haya dados ni naipes.

Pues sabéis que la principal cosa por que SS.AA. permiten se descubran tierras nuevas es, para que tanto número de almas como de innumerable tiempo acá, han estado o están perdidas fuera de nuestra fe, por falta de quienes de ella les diesen verdadero conocimiento, trabajaréis por todos los medios y maneras del mundo, para les poder informar de ella, como conozcan, a lo menos faciéndoselo por la mejor orden y vía que pudiéredes, como hay un solo Dios Criador del cielo y en el mundo son, y decirles heís todo lo demás que en este caso pudiéredes, y el tiempo para ello diere lugar.

Estas disposiciones, que en gran parte se ligaban con una antigua tradición "cruzada", y que en gran parte también sólo eran fórmulas estereotipadas, bajo las cuales se encubrían intereses muy mundanos, Cortés las aplicó casi al pie de la letra, pues nadie fue más severo que él en castigar a los blasfemos, y declaró solemnemente que el fin de su expedición era la extirpación de la idolatría y el de convertir a los indígenas a la fe cristiana, de tal manera que si la guerra se hacía con otra intención, sería una guerra "injusta".

Pero Cortés no era un teólogo, y pese a su piedad y buena voluntad seguía siendo un soldado, y de las instrucciones de Diego Velázquez, sus acompañantes sólo conservaban un eco lejano y vacío.

Hacia 1523 llegaron a México tres religiosos franciscanos de nacionalidad flamenca, dos sacerdotes llamados fray Johann van Auwera y fray Johann Dekkers, mejor conocidos por sus nombres castellanizados fray Juan de Aora y fray Juan de Tecto, y un herma-

no lego, fray Pedro de Gand o de Gante. Los dos primeros acompañaron a Cortés en la expedición que éste hizo a las Hibueras (Honduras) donde perecieron. En cuanto al famoso fray Pedro de Gante, pasó toda su vida en México donde realizó una obra de extraordinario valor en favor de los indios, aunque sin método ni plan definido.

Cortés era consciente, no sólo por sus ideas religiosas personales, sino también como medida táctica, de que la evangelización debía ocupar el primer lugar en la Nueva España, ya que se iba perfilando en él la ambiciosa idea de constituir en el antiguo imperio mexicano un señorío autónomo, sólo en teoría bajo la soberanía del rey de España, y para ello era importantísimo tener una unidad religiosa y política sobre un territorio tan dividido en esas materias. Esto lo lanzó a emprender una conquista militar y religiosa a fondo. Es así como deben interpretarse las insistentes peticiones que hace al emperador de que mandé religiosos que se ocupen de la "salvación eterna de los indios" y especifica que esos religiosos deben ser mendicantes, es decir franciscanos y dominicos porque:

habiendo obispos y otros prelados no dejarían de seguir las costumbres que por nuestros pecados tienen de disponer de los bienes de la Iglesia, que es gastarlos en pompas y en otros vicios, en dejar mayorazgos a sus hijos y parientes... [Y si los indígenas] viesen las cosas de la Iglesia y servicio de Dios en poder de canónigos y otras dignidades y supiesen que aquellos eran ministros de Dios y los viesen usar de los vicios que agora en nuestros tiempos en esos reinos usan, sería menospreciar nuestra fe y tenerla por cosa de burla; sería a tan gran daño que no creo aprovecharía ninguna otra predicación que se les hiciese.

Fragmento del libro de Daniel Ulloa, *Los predicadores divididos. Los dominicos en Nueva España, siglo XVI*, 1977, pp. 85-89.

Libros publicados por La Casa de España o El Colegio de México relacionados con el encuentro entre las dos culturas

(agotados)*

Eduardo Arcila Farías
**Comercio entre Venezuela y México
en los siglos XVI y XVII**
1950

Fernando Benítez
La vida criolla en el siglo XVI
1953

Carlos Bosch García
**La esclavitud prehispánica entre los
aztecas**
1944

Hugo Díaz Thomé y otros
**Estudios de historiografía de la
Nueva España**
1945

Bernardo García Martínez
**El marquesado del Valle (tres siglos
de régimen señorial en Nueva
España)**
1969

Pablo González Casanova
**La literatura perseguida en la crisis
de la Colonia**
1958

Pablo González Casanova
Una utopía de América
1953

Ramón Iglesia
El hombre Colón y otros ensayos
1944

Alberto Jiménez
**Selección y reforma. Ensayo sobre
la universidad renacentista española**
1948

César Lizardi Ramos (comp.)
**Los mayas antiguos. Monografías
de arqueología, etnografía y lin-
güística mayas**
1941

Agustín Millares Carlo y S.
Mantecón
**Índice y extractos de los protocolos
del Archivo de Notarías de México
(vol. 1: 1524-1528) (vol. 2: 1536-1538
y 1551-1553)**
1945 y 1946

José Miranda
**El tributo indígena en la Nueva Es-
paña durante el siglo XVI**
1952

Alejandra Moreno Toscano
**Geografía económica de México (si-
glo XVI)**
1968

Gonzalo Obregón, jr.
**El Real Colegio de San Ignacio de
México (Las Vizcaínas)**
1949

José María Ots Capdequí
El Estado español en las Indias
1941

Monelisa Lina Pérez M.
**Dos etapas ideológicas del siglo
XVII en México a través de los pa-
peles de la Inquisición**
1945

Domingo Ricart
**Juan Valdés y el pensamiento reli-
gioso europeo en los siglos XVI y
XVII**
1958

Ángel Rosenblat
**La población de América en 1492.
Viejos y nuevos cálculos**
1940

José Servando Teresa de Mier Norie-
ga y Guerra
**Escritos inéditos de fray Servando
Teresa de Mier**
1944

Silvio Zavala
Ideario de Vasco de Quiroga
1941



*Pueden consultarse en la Biblioteca
Daniel Cosío Villegas, de El Colegio.

Libros publicados por El Colegio de México relacionados con el encuentro entre las dos culturas

(catálogo actual)

Manuel Alvarado M.

La ciudad de México ante la fundación de la armada de Barlovento. Historia de una encrucijada (1635-1643)

1983

Jan Bazant

Los bienes de la iglesia en México

1ª reimp. 1984

Jan Bazant

Cinco haciendas mexicanas. Tres siglos de vida rural en San Luis Potosí (1600-1910)

2ª ed. 1980

Carmen Castañeda

La educación en Guadalajara durante la Colonia

1984

Pilar Gonzalbo

Las mujeres en la Nueva España

1987

Stella María González Cicero

Perspectiva religiosa en Yucatán (1517-1571)

1978

Ramón Iglesia

Cronistas e historiadores de la Conquista de México. El ciclo de Hernán Cortés

1ª reimp. 1980

Álvaro Jara (comp.)

Tierras nuevas. Expansión territorial y ocupación del suelo en América (siglos XVI-XIX)

1ª reimp. 1973

José María Kobayashi

La educación como conquista. Empresa franciscana en México

2ª ed. 1985

Aristides Medina Rubio

La Iglesia y la producción agrícola en Puebla (1540-1795)

1983

José Miranda

El tributo indígena en la Nueva España durante el siglo XVI

1ª reimp. 1980

Elías Trabulse

Ciencia y religión en el siglo XVII

1974

Daniel Ulloa

Los predicadores divididos. Los dominicos en la Nueva España (siglo XVI)

1977

Josefina Z. Vázquez y otros

Ensayos sobre historia de la educación en México

2ª ed. 1985

María del Carmen Velázquez

Establecimiento y pérdida del septentrion de Nueva España

1974

María del Carmen Velázquez

Cuentas de sirvientes de tres haciendas y sus anexas del Fondo Píadoso de las Misiones de las Californias

1983

Luis Weckmann

La herencia medieval de México (dos vols.)

1984

Silvio Zavala

El servicio personal de los indios en la Nueva España (tres vols.)

1985 y 1987

Silvio Zavala

El servicio personal de los indios en el Perú (tres vols.)

1978, 1979, 1980



Cronistas e historiadores de la Conquista de México

Ramón Iglesia

Hernán Cortés

Tenemos abundantes pruebas de que Cortés era gran aficionado a escribir cartas. Son muchas las publicadas ya, y cabe esperar que su número siga en aumento; pero no es nuestro propósito analizar el conjunto de la correspondencia cortesiana, sino fijarnos de modo casi exclusivo en aquellas cartas más extensas, las llamadas de relación, en que da cuenta al César Carlos V de las empresas llevadas por él a cabo en las tierras que ha descubierto.

Las cartas de este tipo son cinco, de las cuales la primera no ha sido encontrada hasta hoy. Fueron escritas en 1519, 1520, 1522, 1524 y 1526. En la plenitud de la vida de Hernán Cortés —había nacido en 1485— y al margen mismo de los hechos que en ellas se relatan.

Estas cinco cartas, juntamente con otras varias de menos extensión y diversa importancia, fueron publicadas en París, en 1866, por don Pascual de Gayangos, en edición plagada de erratas.

Las anteriores observaciones, de sobra conocidas, se hacen tan sólo para que no se olvide que cuando trabajamos sobre las cartas de Cortés manejamos material defectuosamente editado.

Lo primero que ha sorprendido a cuantos se han acercado a las cartas de Cortés es el tono mesurado, ecuánime, impasible del relato. Refiriéndose en ellas hechos que han dejado estupefactas a generaciones enteras, no encontramos en sus páginas muestra de desbordamiento, de exaltación, de una pasión y un ímpetu que nos hubieran parecido perfectamente explicables, necesarios incluso, dada la índole de los hechos relatados.

El estilo en que narra Cortés es sobrio, sereno, escueto. Veamos lo que nos dice en momentos capitales para su empresa de conquista.

Cuando destruye las naves:

Y porque, además de los que por ser criados y amigos de Diego Velázquez tenían voluntad de salir de la tierra, había otros que, por verla tan grande, y de tanta gente, y tal, y ver los pocos españoles que éramos, estaban del mismo propósito; creyendo que si allí los navíos dejase

se me alzarían con ellos, y yéndose todos los que de esta voluntad estaban yo quedaría casi solo, por donde se estorbara el gran servicio que a Dios y a V. A. en esta tierra se ha hecho, tuve manera como, so color que los dichos navíos no estaban para navegar, los eché a la costa. Por donde todos perdieron la esperanza de salir de la tierra, y yo hice mi camino más seguro, y sin sospecha que, vueltas las espaldas, no había de faltarme la gente que yo en la villa había de dejar (Ed. Gayangos, p. 54).

Cuando se da cuenta de que entre los indios existen profundas divisiones, odios irreconciliables, guerras continuas:

Vista la disconformidad de los unos y de los otros no hube poco placer, porque me pareció hacer mucho a mi propósito, y que podría tener manera de más aún sojuzgarlos, y que se dijese aquel común decir: Del monte, etc.; e aun acordéme de una autoridad evangélica que dice: *Omne regnum in seipsum divisum desolabitur*. Y con los unos y con los otros maneaba, y a cada uno en secreto le agradecía el aviso que me daba, y le daba crédito de más amistad que al otro (p. 70).

Cuando llega a Tenochtitlán, la capital azteca, y se encuentra con Moctezuma. No se pierda de vista que este encuentro era la meta, la culminación de las aspiraciones de Cortés en la primera etapa de sus descubrimientos. En el modo que tiene Cortés de relatar la entrevista se destaca acusadísimo un rasgo que encontraremos siempre en él: la gran precisión y minucia, la complacencia con que describe lo que ve, y el lacónismo, la escasa importancia que concede a sus propósitos y acciones, o a lo que en ellos puede influir.

Pasada esta puente, nos salió a recibir aquel señor Muteczuma con fasta docientos señores, todos descalzos y vestidos de otra librea o manera de ropa, asimismo bien a su uso, y más que la de los otros. Y venían en dos procesiones, muy arrimados a las paredes de la calle, que es muy ancha, y muy hermosa, y derecha, que de un cabo se parece el otro, y tiene dos tercios de legua, y de la una parte y de la otra muy buenas y grandes casas, así de aposentamientos como de mezquitas. Y el dicho Muteczuma venía por medio de la calle con dos señores, el uno

a la mano derecha y el otro a la izquierda, de los cuales el uno era aquel señor grande que dije que me había salido a hablar en las andas, y el otro era su hermano del dicho Muteczuma, señor de aquella ciudad de Iztapalapa, de donde yo aquel día había partido; todos tres vestidos de una manera, excepto el Muteczuma, que iba calzado, y los otros dos señores descalzos; cada uno le llevaba de su brazo. Y como nos juntamos, yo me apeé y le fuí a abrazar solo; e aquellos dos señores que con él iban me detuvieron con las manos para que no le tocasse; y ellos y él hicieron asimismo ceremonia de besar la tierra; y hecha, mandó a aquél su hermano que venía con él que se quedase conmigo y me llevase por el brazo, y él con el otro se iba adelante de mí poquito trecho; y después de me haber él hablado, vinieron asimismo a me hablar todos los otros señores que iban en las dos procesiones, en orden, uno en pos de otro; e luego se tornaban a su procesión.

E al tiempo que yo llegué a hablar al dicho Muteczuma, quitéme un collar que llevaba de margaritas y diamantes de vidrio, y se lo eché al cuello. E después de haber andado la calle adelante, vino un servidor suyo con dos collares de camarones, envueltos en un paño, que eran hechos de huesos de caracoles colorados, que ellos tienen en mucho; y de cada collar colgaban ocho camarones de oro, de mucha perfección, tan largos casi como un gemo; e como se los trujeron, se volvió a mí y me los echó al cuello.

Y tornó a seguir por la calle en la forma ya dicha fasta llegar a una muy grande y hermosa casa que él tenía para nos aposentar bien aderezada. E allí me tomó por la mano, y me llevó a una gran sala que estaba frontera de un patio por do entramos. E allí me fizo sentar en un estrado muy rico que para ello tenía mandado hacer, y me dijo que le esperase allí. Y él se fué, y dende a poco rato, ya que toda la gente de mi compañía estaba aposentada, volvió con muchas y diversas joyas de oro y plata y plumajes, y con fasta cinco o seis mil piezas de ropa de algodón, muy ricas y de diversas maneras tejidas y labradas. E después de me las haber dado, se sentó en otro estrado que luego le hicieron allí, junto con el otro donde yo estaba; y sentado, propuso en esta manera:

“Muchos días ha que por nuestras escrituras tenemos de nuestros antepasados noticia que yo, ni todos los que en esta tierra habitamos, no somos naturales della, sino extranjeros y venidos a ella de partes muy extrañas; e te-



nemos asimismo que a estas partes trajo nuestra generación un señor, cuyos vasallos todos eran. El cual se volvió a su naturaleza, y después tornó a venir dende en mucho tiempo, y tanto que ya estaban casados los que habían quedado con las mujeres naturales de la tierra, y tenían mucha generación, y fechos pueblos donde vivían; e queriéndolos llevar consigo no quisieron ir, ni menos recibirle por señor; y así se volvió. E siempre hemos tenido que de los que dél descendiesen habían de venir a sojuzgar esta tierra y a nosotros como a sus vasallos. E según la parte que vos decís que venís, que es a do sale el sol, y las cosas que decís dese gran señor o rey que acá os envió, creemos y tenemos por cierto él ser nuestro señor natural; en especial que nos decís que él ha muchos días que tiene noticia de nosotros. E por tanto vos sed cierto que os obedeceremos y ternemos por señor en lugar de ese gran señor que decís, y que en ello no habrá falta ni engaño alguno; e bien podéis en toda la tierra, digo en lo que yo en mi señorío poseo, mandar a vuestra voluntad, porque será obedecido y fecho, y todo lo que nosotros tenemos es para lo que vos dello quisiéredes disponer.”

“E pues estáis en vuestra naturaleza y en vuestra casa, holgad y descansad del trabajo del camino y guerras que habéis tenido; que muy bien sé todos los que se vos han ofrecido de Putunchán acá, e bien sé que los de Cempoal y de Tlascaltecal os han dicho muchos males de mí; no creáis más de lo que por vuestros ojos viéredes, en especial de aquéllos que son mis enemigos, y algunos dellos eran mis vasallos, y hánseme rebelado con vuestra venida, y por se favorecer con vos lo dicen. Los cuales sé que también os han dicho que yo tenía las casas con las paredes de oro, y que las esteras de mis estrados y otras cosas de mi servicio eran asimismo de oro, y que yo que era y me hacía dios, y otras muchas cosas. Las casas ya las veis que son de piedra y cal y tierra.”

Y entonces alzó las vestiduras, y me mostró el cuerpo, diciendo:

“A mí veisme aquí que só de carne y hueso como vos y como cada uno, y que soy mortal y palpable”, asiéndose él con sus manos de los brazos y del cuerpo. “Ved cómo os han mentido. Verdad es que yo tengo algunas cosas de oro que me han quedado de mis abuelos. Todo lo que yo tuviere tenéis cada vez que vos lo quisiéredes. Yo me voy a otras casas donde vivo. Aquí seréis proveído de todas las cosas necesarias para vos y vuestra gente; e no recibáis pena alguna, pues estáis en vuestra casa y naturaleza”.

Yo le respondí a todo lo que me dijo, satisfaciendo a aquello que me pareció que convenía, en especial en hacerle creer que V. M. era a quien ellos esperaban. E con eso se despidió; y ido, fuimos muy bien proveídos de muchas gallinas, y pan, y fruta, y otras cosas necesarias, espécialmente para el servicio del aposento. E desta manera estuve seis días muy bien proveído de todo lo necesario y visitado de muchos de aquellos señores (pp. 84-7).

No hay otro comentario por parte de Cortés a una de las escenas más sorprendentes de la historia del mundo. Le parece normal la explicación dada por Moctezuma de la profecía de Quetzalcoatl, y la identificación que hace del dios con Carlos V. Se limita a asegurar al soberano azteca que está en lo cierto. Y nada añade que demuestre el menor asombro ante lo ocurrido, ni la alegría que debía haberle causado el que una circunstancia tan peregrina facilitara totalmente la realización de sus planes. En cambio le hemos visto dedicar largos párrafos al protocolo del encuentro, al atavío de Moctezuma y sus acompañantes, a los movimientos que ejecutan, a los presentes que cam-

Intramuros

María Vargas Lobsinger fue galardonada con el premio 1986 al mejor artículo de historia publicado en una revista especializada, que otorga anualmente el Comité Mexicano de Ciencias Históricas. El artículo premiado es “El ascenso social y económico de los inmigrantes españoles: el caso de Francisco de Valdivieso (1683-1743)”, y apareció en *Historia Mexicana*, vol. XXXV, núm. 4, abril-junio de 1986.



Los días 10, 11 y 12 de noviembre de 1987 se llevó a cabo en las instalaciones de El Colegio el IV Coloquio sobre los Problemas de la Traducción Literaria, que trató sobre la docencia de la traducción.

Asistieron unos setenta invitados (profesores o futuros profesores de traducción), quienes escucharon las ponencias de 30 especialistas, entre los que se encontraban Brian Harris (de Canadá), Maryvonne Simoneau (de Francia), Leland Wright (de los Es-



bían con él. A todo lo externo y visible. Y somos hoy nosotros quienes nos quedamos estupefactos al ver la naturalidad con que Cortés aceptaba lo maravilloso, lo insólito, como ingrediente de su conducta.

Nada puede extrañarnos que a un hombre así se le ocurra poner en prisión a Moctezuma y que no se aparte de su tono usual para relatarnos por qué y cómo lo hizo.

Pasados, invictísimo príncipe, seis días después que en la gran ciudad de Tenxtitlan entré, e habiendo visto algunas cosas della, aunque pocas según las que hay que ver y notar, por aquéllas me pareció, y aun por lo que de la tierra había visto, que convenía al real servicio y a nuestra seguridad que aquel señor estuviese en mi poder, y no en toda su libertad, porque no mudase el propósito y voluntad que mostraba en servir a V. A., mayormente que los españoles somos algo inoportunos e importunos, e porque enojándose nos podría hacer mucho daño, y tanto, que no hobiese memoria de nosotros, según su gran poder; e también porque teniéndole conmigo todas las otras tierras que a él eran súbditas venían más aína al conocimiento y servicio de V. M., como después sucedió (pp. 88-9)

Le hace, pues, a Moctezuma la proposición de que se vaya a vivir con él hasta que quede aclarado el incidente ocurrido en cierta guarnición de españoles que había sido atacada, al parecer, por vasallos del señor azteca.

Acerca desto pasamos muchas pláticas y razones que serían largas para las escribir, y aun para dar cuenta de-

tados Unidos) y Hans Grof (de Chile).

Se discutieron los siguientes cinco temas: 1) Estructura y contenido de un curso de traducción o de un programa de formación de traductores desde el punto de vista de editores, traductores de renombre, científicos, futuros traductores, lectores. 2) ¿Quiénes son y quiénes han de ser los profesores de traducción? 3) Estructura y contenido de un curso de traducción o de un programa de for-

mación de traductores (incluyendo estrategias de enseñanza y metodología crítica) desde el punto de vista de quienes forman traductores. 4) Herramientas tecnológicas al servicio del traductor, y 5) ¿Cómo formar profesores de traducción? Las actas del encuentro se publicarán próximamente.

En la clausura del Coloquio se otorgó el premio Alfonso X a la traducción literaria 1987 a Raúl Ortiz y Ortiz, profesor del Programa

para la Formación de Traductores de El Colegio, por su versión de *Bajo el volcán*, la gran novela de Malcolm Lowry, publicada hace unos años ya por ERA.



llas a V. A. algo prolijas, y también no sustanciales para el caso; y por tanto no diré más de que finalmente él dijo que le placía de se ir conmigo (p. 90).

Vemos por lo anterior que no puede hablarse de inconsciencia en Cortés. Que se da cuenta cabal de los defectos de sus hombres y de los peligros que pueden acarrear, dada la situación en que se encuentran. Cabe que los naturales se lancen sobre ellos y los aniquilen de forma que no quede ni rastro, ni memoria, de su venida a aquellas tierras. Realmente, la situación no podía prestarse mejor a cualquier reflexión enfática, ponderando el peligro en que se encontraban los españoles y el mérito que suponía haberlo vencido; pero nada de esto encontramos en Cortés. Es el suyo un módulo distinto del corriente, y, medidas por él, le resultan totalmente normales las empresas más atrevidas e increíbles.

Podríamos seguir multiplicando los ejemplos de este estado de espíritu de Cortés reflejado en sus cartas. En esta primera época de la conquista, en la plenitud de sus éxitos, Cortés no concede la menor importancia a lo que hace. Tendrán que pasar muchos años, habrá de sentirse postergado y desatendido por el Emperador, para insistir una y otra vez, con fatigosa y justificada machaconería, en el valor extraordinario, único, de las hazañas que había llevado a cabo en tierras mexicanas.

Ya hemos indicado antes que Cortés, si no le da importancia a lo que hace, se la da, y grandísima, a lo que ve. Hay en él una enorme admiración por la magnitud y la belleza de las tierras que descubre, por la pujanza y diversidad de las organizaciones sociales indígenas, muy superiores a todo lo que hasta entonces habían encontrado los españoles en las islas. El conquistador es quien queda, en realidad, conquistado.

Es en estos momentos cuando Cortés, tan sobrio y escueto en el relato de sus hazañas, tan justo en la expresión, nota que la admiración entorpece su pluma, y no acierta a expresar todo lo que quisiera.

En lo del servicio de Mutezuma y de las cosas de admiración que tenía por grandeza y estado hay tanto que escribir que certifico a V. A. que yo no sé por do comenzar que pueda acabar de decir alguna parte dellas; porque, como ya he dicho, ¿qué más grandeza puede ser que un señor bárbaro como éste tuviese contrahechas de oro

y plata y piedras y plumas todas las cosas que debajo del cielo hay en su señorío, tan al natural lo de oro y plata que no hay platero en el mundo que mejor lo hiciese; y lo de las piedras, que no basta juicio a comprender con qué instrumentos se hiciese tan perfecto; y lo de pluma, que ni de cera ni en ningún broslado se podría hacer tan maravillosamente? (p. 109).

Porque para dar cuenta, muy poderoso señor, a Vuestra Real Excelencia, de la grandeza, extrañas y maravillosas cosas desta gran ciudad de Tenuxtitan, y del señorío y servicio deste Mutezuma, señor della, y de los ritos y costumbres que esta gente tiene, y de la orden que en la gobernación, así desta ciudad como de las otras que eran deste señor, hay, sería menester mucho tiempo, y ser muchos relatores, y muy expertos. No podré yo decir de cien partes una de las que dellas se podrían decir; mas, como pudiere, diré algunas cosas de las que vi, que, aunque mal dichas, bien sé que serán de tanta admiración que no se podrán creer, porque los que acá con nuestros propios ojos las vemos no las podemos con el entendimiento comprehender (pp. 101-2).

Es decir que México es para Cortés una quimera, una tan estupenda ilusión que, aunque la ven los ojos, el entendimiento no la comprende. Y se enamora de esta ilusión. Y desea ávidamente hacerla suya. No es ansia de destrucción la que le impulsa, como tantas veces se ha repetido, sino de posesión y disfrute.

A Cortés todo le sorprende, todo le gusta en las tierras que descubre. Bien característico de su deseo de asimilación es el nombre con que las bautiza.

Por lo que yo he visto y comprendido cerca de la similitud que toda esta tierra tiene a España, así en la fertilidad como en la grandeza y fríos que en ella hace, y en otras muchas cosas que la equiparan a ella, me pareció que el más conveniente nombre para esta dicha tierra era llamarse la Nueva España del mar Océano; y así, en nombre de V. M., se le puso aqueste nombre. Humilmente suplico a V. A. lo tenga por bien, y mande que se nombre así (p. 156).

Fragmentos del libro de Ramón Iglesia, *Cronistas e historiadores de la Conquista de México*, primera reimp., 1980, págs. 17-23.

Libros y revistas publicados por El Colegio de México durante el segundo semestre de 1987

CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

Pilar Gonzalbo
Las mujeres en la Nueva España

Bernardo García Martínez
Pueblos de la Sierra

Varios
Historia general de México
(7ª reimp.)

Varios
Historia mínima de México
(8ª reimp.)

Bibliografía histórica mexicana
1984

Historia mexicana 142

CENTRO DE ESTUDIOS LINGÜÍSTICOS Y LITERARIOS

Nueva Revista de Filología Hispánica, vol. XXXV, núm. 1

CENTRO DE ESTUDIOS INTERNACIONALES

Gerardo M. Bueno (comp.)
Mexico-Estados Unidos 1986

Soledad Loeza y Rafael Segovia
(comps.)
La vida política mexicana en la crisis

Foro Internacional 108, 109

CENTRO DE ESTUDIOS DE ASIA Y ÁFRICA

Jin Yinxi
Conferencias sobre la China Antigua

Estudios de Asia y África 72

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIOLOGICOS

Francisco Zapata
Relaciones laborales y negociación colectiva en el sector público mexicano

Hugo Zemelman
Conocimiento y sujetos sociales. Contribución al estudio del presente

Hugo Zemelman
Uso crítico de la teoría

Estudios Sociológicos 14,15

CENTRO DE ESTUDIOS DEMOGRÁFICOS Y DE DESARROLLO URBANO

Gustavo Garza (comp.)
Atlas de la ciudad de México
(coed. con el DDF)

Documentos de trabajo 1, 2, 3, 4,
5 y 6

Estudios Demográficos y Urbanos 5

CENTRO DE ESTUDIOS ECONÓMICOS

Enrique Cárdenas
La industrialización mexicana durante la Gran Depresión

Estudios Económicos 4 y número extraordinario sobre los programas heterodoxos de choque

PROGRAMA INTERDISCIPLINARIO DE ESTUDIOS DE LA MUJER

Varias
Presencia y transparencia: La mujer en la historia de México

Alejandra Massolo y Martha Scheingart (comps.)
Participación social, reconstrucción y mujer. El sismo de 1985

OTROS

Saúl Trejo Reyes
El futuro de la política industrial en México

Joseph Hodara
Prebisch y la CEPAL. Sustancia, trayectoria y contexto institucional

El Colegio de México: una idea de casi medio siglo

Catálogo de publicaciones 1987
Boletín editorial 14,15

A invitación del Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer, acabamos de tener el gusto de escuchar en un salón de El Colegio a Roberto Fernández Retamar, el gran poeta y ensayista cubano que en días pasados dictara un ciclo de conferencias sobre José Martí desde la Cátedra "Jaime Torres Bodet" del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios.

El poeta cedió gentilmente al Boletín una de sus obras, que reproducimos a continuación.

SOS

El vuelo del guardabarranco sobre las copas de los árboles
La de ojos rasgados por la lejana mujer silvestre que late en tu sangre
El volcán rumoroso y humeante cruzado por loras como centellas verdes en el atardecer
Y el ramito de sacuanjoches en la mano de una chavala pobre y alegre
La compa herida en la batalla que Carlos Fonseca sorprendió leyendo a Rubén
En unos versos míos de amor y vos
La noche toda de estrellas que de desnudas brillan
Y el lago que las acaricia una a una
Aguerrida y chischilera como el rayo de sol que cabrillea en una espada
El pueblo asediado que levanta sereno sus banderas azul y blanca roja y negra
Y sabe que jamás serán arriadas sobre la enorme tumba de los héroes
La niña que tendió al viejo la mano
En la que había guardado para él una llama que encendieron juntos
La pareja que casi cae a la laguna de Tiscapa
Para oír la música inagotable que brota de los humildes
El país cuyas entrañas tiemblan
Y cuyos hombres y mujeres están fieros y dulcemente armados
Para defender el amor y la esperanza y la vida y la luz
El jardín en el alma y entre las piernas
Las concentraciones en las plazas donde las grandes palabras los grandes hechos
Son atravesados por la ternura como por una bandada de pájaros
La tierra más libre mientras más mía
Más mía mientras más libre mientras más suave
Bajo mi pecho que ya ha visto bastante
Y lleno de ciudades letras y desvaríos
Bien puede quedar confundido con tu ardiente polvo
Mi Nicaragua mi Nicaragüita

Managua, 2 de abril de 1982

EL COLEGIO DE MÉXICO

Soledad Loeza

Clases medias y política en México. La querrela escolar, 1959-1963

El hilo conductor que guía a la autora en el laberinto de las luchas de las clases medias entre sí y con el poder, es la querrela escolar, el conflicto histórico entre el Estado educador y la libertad de enseñanza. La evolución del proyecto educativo se convierte en este libro en el espacio privilegiado donde se libran las luchas por el poder simbólico de la sociedad, que ha sido y es de hecho el único capital político de las clases medias. Para ejemplificar las conclusiones de la primera parte de la investigación, la autora nos ofrece un análisis detallado de la vida política durante el sexenio de López Mateos, que es el primero que se enfrenta a las presiones encontradas y dispares de las robustas clases medias que nutrió el desarrollo económico.



De venta en la mejores librerías o en:
Departamento de Publicaciones de El Colegio de México, A.C.
Pedidos por correo: Camino al Ajusco 20, 01000 México, D.F.
Pedidos por teléfono: 568 6033 exts. 388 y 297

Revistas de El Colegio

Foro Internacional 106

Vol. xxviii, núm. 1, julio-septiembre de 1987

Rogelio Hernández Rodríguez, "Los hombres del presidente De la Madrid"; *Kurt Unger*, "Industria automotriz"; México bajo el cambio tecnológico"; *Gustavo Vega Cánovas*, "México en las nuevas tendencias de la economía y el comercio internacional"; *Jorge Castañares P.*, "Las relaciones comerciales de México con Centroamérica. Análisis y perspectivas (1979-1986)"; *Johan Kaufmann*, "Sobre las palabras, los actos y la problemática en torno a un nuevo orden económico internacional"; *Bernardo Mabire*, "México y los Estados Unidos hoy"; *Carlos Arriola*, "El otro sendero de la economía subterránea".



Historia Mexicana 142

Vol. xxxvi, núm. 2, octubre-diciembre de 1986

José Luis de Rojas, "Cuantificaciones referentes a la ciudad de Tenochtitlan en 1519"; *Teodoro Hampe Martínez*, "La biblioteca del virrey Don Martín Enríquez. Aficiones intelectuales de un gobernante colonial"; *Herbert S. Klein*, "Familia y maternidad en Amatenango, Chiapas, 1785-1816"; *Deborah Baldwin*, "Diplomacia cultural: escuelas misionales protestantes en México"; *Victoria Lerner*, "Las zozobras de los hacendados de algunos municipios del creciente de San Luis Potosí (1910-1920)"; *Moisés González Navarro*, "Falacias, calumnias y el descubrimiento del Mediterráneo".

El Colegio de México
Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D.F.
Teléfono 568-6033
Telex 1777585 COLME
Cable COLMEX

Presidente
Prof. Mario Ojeda Gómez

Secretario General
Lic. Alfonso Rangel Guerra

Coordinador General Académico
Dr. Lorenzo Meyer Cosío

Secretario Adjunto "A"
Lic. Alberto Palma

Secretario Adjunto "B"
Lic. Humberto Dardón

Jefe de Publicaciones
Sr. José Antonio Valadez

Boletín Editorial
Redacción: Ángel Miquel y
Susana González Aktories
Diseño: Mónica Díez Martínez
Formación: Ezequiel de la Rosa
Tipografía: Inés Segovia
Impresión: Rosette y asociados, S.A.

IX FERIA INTERNACIONAL DEL LIBRO



palacio de minería

méxico

IX international book fair in mexico
IX foire internationale du livre au mexique

del 5 al 13 de marzo de 1988
en el palacio de minería, ciudad de méxico

organiza

universidad nacional autónoma de méxico

a través de

facultad de ingeniería, unam

coordinación de humanidades, unam

coordinación de difusión cultural, unam

cámara nacional de la industria editorial mexicana



información information: tacuba no. 5 méxico -06000,d.f.

tels: 512-87-23 y 521-46-87

télex: 1777429 unamme

apartado postal 20-515

méxico 01000,d.f.

